

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS



«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 3 Marzo 1906.

Núm. 9.

---

## Catequística.

(Continuación.)

Cualquiera que sea el nombre con que designamos á Jesucristo, es un hecho eminentemente verdadero y claro que existió la persona de Cristo en el mundo; y, como éste es el nombre más usado por los cristianos, pues es el glorioso timbre con que nos distinguimos del resto de la humanidad, por eso es por qué hay que probar que existió un personaje que llevó este nombre de Cristo.

La existencia de Jesucristo, como ser que vivió entre los hombres, es una verdad de fe; y lo es tan fundamental, que es de las más necesarias para conseguir la eterna salvación; por eso en el Credo confesamos esa verdad; y Jesucristo había dicho también á los Apóstoles: Creéis en Dios, creed también en mí, porque yo hago las obras de Dios (1). No es, sin embargo, por el camino de la fe divina por el que debemos probar la existencia de Jesucristo. Esta existencia es la verdad fundamental de nuestra fe, y, por tanto, quien niegue la existencia de Jesucristo, negará, ordinariamente hablando, toda la revelación y toda la fe sobrenatural. Por eso hay que valerse de motivos humanos en qué fundamentar la existencia de Jesucristo; y, como ella es un hecho, y los hechos sólo se pueden probar con el testimonio de los testigos oculares, y, por extensión, con el de los historiadores contemporáneos, de ahí es que á esos medios habremos de acudir.

Los Evangelistas y los Apóstoles, que, sin ser evangelistas,

---

(1) Joan, 14; 1 y 12.

nos han dejado algo escrito para enseñanza de la posteridad, todos nos hablan de Jesucristo, como de un personaje real, á quien ellos conocieron, con quien hablaron y del cual conservaban profundas é indelebles impresiones, hijas de su vida prodigiosa y de sus estupendas obras. Y téngase en cuenta que consideramos ahora á los Evangelistas y demás escritores contemporáneos del Redentor, como simples escritores profanos, bajo cuyo concepto merecen tanta fe, cuando menos, como el más juicioso y concienzudo de todos los historiadores profanos del mundo entero. Pues, el que hayan escrito bajo la influencia de la inspiración divina, en nada perjudica al conocimiento y al relato histórico que habían podido hacer como puros hombres. Además, que quien admita la inspiración de tales escritores no puede menos de admitir la verdad de la historia por ellos escrita, porque el Espíritu Santo no se engaña ni nos engaña.

Veamos, pues, lo que nos dicen los referidos historiadores de Jesucristo.

Ellos nos tejen la genealogía humana del Redentor en esta forma: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac.... Jessé engendró á David, David á Salomón... Eleázar engendró á Matán, Matán engendró á Jacob, Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo» (1). Del mismo modo en el fondo, aunque diferente en la familia por donde la deriva, viene á tejer también la genealogía de Jesucristo el Evangelista San Lucas, y la teje comenzando por Jesucristo y subiendo nada menos que hasta Adán, que fué, como dice San Lucas, hijo de Dios, esto es, formado inmediatamente por sus divinas manos.

Nos señalan los Evangelistas el tiempo y el lugar del nacimiento de Cristo. Dice así San Lucas. «Y sucedió en aquellos días que César Augusto dió un edicto para que fuese empadronado todo el orbe. Este primer empadronamiento fué hecho por el presidente de la Siria; Cirino, y cada uno iba á empadronarse á su propia ciudad. Y subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret ó la Judea, á la ciudad de David, que se llama Betlehem, porque era (José) de la casa y familia de David, para empadronarse con María, esposa suya, que estaba embarazada. Y aconteció que, estando allí se la cumplieron los días de su alumbramiento».

(1) Mat., 1, 1 al 17.

miento. Y dió á luz á su Primogénito» (1). El cual se llamó *Jesu Cristo*.

«De este empadronamiento, dice Scio de San Miguel, se conservaban las actas en los archivos de Roma, en tiempo de San Justino y de Tertuliano; queriendo Dios que estuviese en ellos depositado el nombre de Jesús y el lugar de su nacimiento, para que los que en lo sucesivo dudasen del cumplimiento de las profecías en este punto, tuviesen el testimonio de los mismos gentiles sin recurrir á los judíos, enemigos declarados de la religión cristiana, debe también preferirse por esta causa la tradición romana, que desde los primeros siglos fijó el nacimiento de Jesucristo en el día 25 de Diciembre» (2).

En el mismo capítulo dice el Evangelista San Lucas, que fué el Niño adorado por los pastores, y á los ocho días circuncidado; en cuya ceremonia se le puso el nombre de Jesús, anunciado por el Angel, y que fué presentado en el Templo. Según San Mateo fué adorado en la misma Betlehem por los Reyes Magos, y, por último, sus padres lo llevaron consigo á Nazaret (3).

El Bautista da testimonio elocuentísimo de la existencia de Jesús, al dar Este comienzo á su vida pública, y lo muestra con el dedo á sus discípulos, diciéndoles, al ver á Jesucristo paseando en las riberas del Jordán: «Ahí tenéis al Cordero de Dios» (4). Uno de estos discípulos del Bautista era Andrés, hermano de Pedro, y por eso, así que encontró á su hermano, le dijo, lleno de contento: «Hemos encontrado al Mesías, que se llama Cristo».

El mismo San Pedro, cuando el Salvador preguntó á sus discípulos: «¿Quién dicen las gentes que soy Yo?» Y después: «¿Y vosotros, quién decís que soy?» Respondió en nombre de todos y con evidentes pruebas de convicción profundísima: «*Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*» (5). Por igual manera la célebre Samaritana, junto al brocal del pozo de Jacob, confiesa que es el Cristo aquel hombre extraordinario que con ella estaba hablando, y después, por medio de ella, y por haberlo visto también con sus propios ojos, lo confesó todo el pueblo. «Sé, dice esta mujer, que habrá de venir el Mesías que se llama Cristo». «Ved, dice

(1) Luc., 3, 1 al 7.

(2) *Nota el capt.* 2.º de San Lucas.

(3) Mat., 2, 1.

(4) Joan., 1.º 36.

(5) Mat., 16, 16.

después á sus convecinos, al hombre que me ha dicho todo lo que he hecho en toda mi vida, seguramente es Jesucristo» (1).

En la fiesta de las Encenias (Luna nueva) una porción de judíos se acercan á Jesús y le dicen: «No tengas más en tortura nuestra alma: si tú eres Cristo, dínoslo»; y Cristo les respondió: «Las obras que yo hago, en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de Mí, de que soy el verdadero Cristo» (2).

(Continuará).

---

## Reflexiones sobre el Evangelio.

---

### Dominica I de Cuaresma.

Entre los distintos períodos en que se subdivide el Año Cristiano, el más solemne, el llamado santo por excelencia, es el tiempo de Cuaresma, no sólo por los augustos misterios que durante él se conmemoran, sino también porque ha sido establecido precisamente para que en él los cristianos redoblen su actividad con el fin de prepararse dignamente para recibir á Jesucristo en el banquete pascual.

He ahí por qué nuestra benignísima madre la Iglesia, siempre solícita en procurar el bien espiritual de sus hijos, comienza este santo tiempo con la conmovedora y solemne ceremonia de la imposición de la ceniza, pronunciando estas palabras, que encierran toda la filosofía del hombre: *Memento homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*. Acuérdate, hombre, de que eres polvo, y en polvo te has de convertir; pretendiendo con esto abatir nuestra soberbia y orgullo, al recordarnos la humildad de nuestro origen y el término inevitable de nuestra vida corporal.

Instrucción sublime, que poniendo ante nuestra vista el recuerdo de la muerte, engendró en nuestro corazón un deseo vivísimo de apartarnos de los vanos placeres y de renunciar para siempre á los bienes perecederos de la tierra, que forzosamente hemos de abandonar al partir de este mundo miserable, para dirigirnos á la Jerusalén celestial, término de nuestra jornada.

---

(1) Joan., 4, 25 sgt.

(2) Joan., 10, 24 y 25.

No satisfecho el celo de la Iglesia con esta instrucción prodigiosa, suficiente de suyo para disponernos á la santificación, adelanta un paso más y nos propone, como medio segurísimo para obtenerla, el ayuno y la mortificación. Conociendo, no obstante, que como hijo de nuestra debilidad no es suficiente la simple exposición del deber, sino que necesitamos ejemplos prácticos que, presentando á los ojos de la carne el ejercicio de la virtud, nos estimulen á ponerla en práctica, y así como al soldado en el campo de batalla no basta la arenga del general, incuicándole el deber del sacrificio, sino que para enardecer su ánimo se coloca al frente del peligro, así la Iglesia, en la presente Dominica, nos muestra á Jesús retirado en el desierto y ayunando por espacio de cuarenta días, no porque Jesús necesitase de este retiro, y mucho menos de los efectos saludables que en nosotros produce la santa práctica del ayuno, sino para servirnos de ejemplo é indicarnos los actos que habíamos de realizar.

No por esto hemos de afirmar, que la Cuaresma haya sido directamente instituída por el mismo Jesucristo, puesto que se trata de un precepto puramente eclesiástico, si bien insinuado por el mismo Jesús, pero establecido por la autoridad indiscutible de la Iglesia, no de una manera arbitraria y caprichosa, como pretenden los impíos de nuestra época, que, en su loco afán de ridiculizar todas las prácticas religiosas, consideran el ayuno como una privación necia y estúpida, destituída en absoluto de mérito en orden á la vida sobrenatural, y que únicamente conduce á la debilitación y destrucción completa de nuestro organismo, sin conocer que su razón, anegada en la materia, les impide saborear los grandes beneficios espirituales que en nosotros produce, y su odio irreconciliable con la Iglesia, les lleva á considerarlo, como contrario á la salud, cuando la ciencia, que nunca puede estar en contradicción con la verdad, ha venido á demostrar que la observancia del ayuno, lejos de perjudicar á la salud, es, por el contrario, perfectamente conforme con los preceptos de la higiene; pues así como no hay nada que cause más enfermedades que la gula, la crápula y embriaguez, nada hay tampoco que contribuya más á conservar la salud y á prolongar la vida hasta una edad avanzada, como la temperancia y sobriedad. La experiencia lo demuestra y la razón es evidente. Porque si el exceso en la alimentación lleva consigo, no sólo el entorpecimiento de nuestras funciones or-

gánicas, si que también la producción de gran cantidad de malos humores, que son origen de muchas enfermedades y á veces de la muerte misma, una vida reglamentada, sobria y moderada, mantiene al cuerpo y á nuestras facultades todas en el equilibrio que produce la fuerza y la salud. Por eso vemos que todos los que viven sobriamente, gozan de buena salud y viven largos años, mientras que, por el contrario, los disolutos y sensuales, mueren casi todos en lo mejor de su existencia. ¿Dónde, acaso, se han visto más personas de uno y otro sexo, de edad avanzada, en todas las épocas y países, sino en las casas de religión ó conventos? ¿Y cuál es la razón? Porque en dichos centros se vive sobriamente.

Demostradas las ventajas del orden puramente natural, pasemos á los favores espirituales, que son los que indudablemente de una manera especial tuvo en cuenta Nuestro Señor, cuando nos dió ejemplo con su ayuno.

En primer lugar el ayuno alcanza el perdón de los pecados. «Representaos, dice San Bernardo, que las faltas que hemos cometido al usar de lo que no es lícito, se nos perdonan absteniéndonos de las que nos están permitidas. ¿Qué entendemos por perdón de las faltas cometidas, sino el rescatar los ayunos eternos, por medio de un pasajero ayuno? Merecimos el infierno, donde jamás se gusta el alimento, donde no hay consuelo, ni fin; donde el rico perverso pide continuamente una gota de agua que alcanzar jamás puede. El ayuno es, pues, bueno, saludable, puesto que por medio de él podemos evitar los ayunos y suplicios eternos» (1). Otra de las ventajas espirituales que el ayuno nos proporciona, es que al mismo tiempo que protege al alma contra las pasiones desbordadas del cuerpo, sirve también para alimentarla. «Del mismo modo, dice el Crisóstomo, que el alimento material nutre al cuerpo, así el ayuno da al alma más agilidad y fuerza, suministrándole alas ligerísimas para que se eleve hacia lo alto, y pueda contemplar las celestiales visiones; para que esté por encima de los placeres y de todo aquello que el mundo considera como agradable (2).

Acatemos, pues, como hijos sumisos de la Iglesia, sus prescripciones en este santo tiempo de Cuaresma, para que, purificados en la carne, entre nuestro espíritu á la mansión celestial.

(1) Serm. IV en quadr.

(2) S. Juan Apost., l. in Gen., n. 4.

## Explicación de las Virtudes.

---

El conocimiento de la doctrina de Cristo es medio para alcanzar la virtud.—Charlataneria en materias de religión.—

Los sacerdotes son los encargados de enseñar.—Palabra pública.—  
Condiciones para escucharla debidamente.

Decíamos del deseo de la perfección que era un medio necesario para obtenerla; mas no es el medio único y exclusivo. Pues si bien es el primero, hay algunos otros que también nos guían á la purificación de nuestras almas.

Sabemos que, al obrar como seres intelectuales, es precisa la operación del entendimiento para considerar nuestra misión y nuestro fin; por lo cual hace falta que nos instruyamos en lo que hemos de creer y obrar, en cuanto que sin fe y sin obras nuestra salvación es absolutamente imposible. Poco esfuerzo, por consiguiente, necesitamos para conocer de cuánta importancia sea la influencia del entendimiento en el camino de la perfección espiritual. Y aunque el extático San Juan de la Cruz diga (1) «que todo lo que la imaginación pueda imaginar, y el entendimiento entender en esta vida, no es ni puede ser medio próximo para la unión de Dios», no por eso vamos á declarar lo contrario, (presunción más que loca sería), sino á tratar la cuestión bajo otro punto de vista. Pues el Príncipe de los místicos, al hablar de este modo, se refiere á los que se encuentran en las alturas de la contemplación, para los cuales, como para todos, es medio *próximo* de la unión con Dios la negación de toda noticia, tanto natural como sobrenatural, ó lo que es lo mismo, la entrega completa del entendimiento en las manos de Dios, que lo guiará sin que el espíritu se afane en buscarlo.

Nosotros en esta cuestión intentamos dirigir al entendimiento para que naturalmente adquiriera noticias naturales y sobrenaturales que lo ilustren, lo cual es uno de los medios remotos para conseguir la perfección; pues la fe es racional y debe penetrar por los sentidos en cierto modo. Así es que, hablando el Apóstol á los romanos (2), les dice: que la fe ha de entrar por el oído, y

---

(1) Subida del Monte Carmelo, Lib. II, c. 8.º

(2) C. X, v. 17.

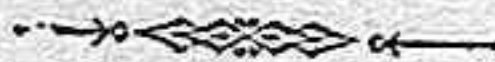
el oído ha de recibir para esto la palabra de Cristo. De modo que no nos referimos á aquellos de que habla el eximio compañero de la Doctora mística, sino á los que desean entrar en la senda de la vida cristiana y no tienen conocimiento de la doctrina de Cristo, el cual conocimiento es medio no próximo, sino remoto, de la unión con Dios.

Que necesitamos conocer las verdades que debemos creer, y los preceptos que cumplir, al mismo tiempo que los consejos evangélicos, si aspiramos á la perfección más elevada, nadie lo pone en tela de juicio; pues faltaría éste al que afirme lo contrario. La religión es práctica, pero es á la vez especulativa, y el que la desconozca mal puede practicarla.

Pero, ¿en dónde ha de aprender? ¿Quién podrá enseñar al hombre la senda del deber cristiano? ¿En qué fuentes podrá el entendimiento beber las doctrinas de salvación, para saciar el alma que tiene sed de virtudes?

En estos tiempos de charlatanería y de ignorancia acerca de la religión, casi todos nos creemos doctores. Somos tan soberbios, que nos consideramos los hombres en posesión del título de Pontífices Supremos. En las calles, en las casas, en las oficinas, en los ateneos, en los mítins, se discute acerca de la religión con ardimiento de pasiones; cualquiera abre cátedra de moral ó de dogma; los jóvenes que en las Universidades han conquistado sin razón fama de sabios, vuelven á sus hogares y fascinan con su *elocuencia*, demolidora de la pureza y santidad de la Iglesia de Cristo. Los mismos católicos, esos católicos de nombre que tanto abundan, definen en tertulias sobre los puntos más difíciles de religión. Se trata de una disposición ó ley eclesiástica, de una verdad de fe, de las más profundas cuestiones religiosas, y casi todos los presentes en la reunión, desde el impío que nada practica ni cree, hasta las rezadoras rutinarias que, mientras murmuran con los labios un Padrenuestro están manchando con su suspicacia la honra ajena, emiten su parecer con pretensiones de definición *ex cathedra*. Y ¿qué ha de suceder? Pues que en vez de mostrar sabiduría en sus palabras, manifiestan altanería ridícula ó lastimosa estupidez.

(Continuará).





## CUENTO

### Carta del otro mundo.

Reverendo Padre: He expirado esta mañana... y al punto me he encontrado en una estancia muy grande. Eramos diez: cinco jóvenes, dos mujeres y tres vejestorios.

—¿Dónde estamos?—dijo uno de los ancianos.

No acertábamos á decirlo. La habitación era más larga que ancha. Veíase en el fondo una puerta negra que daba á algún otro local. En la otra parte nada se veía. Aquello era para perder la cabeza; porque todos sabíamos que habíamos muerto al mundo y que nos encontrábamos próximos á algo serio y tremendo... Me senté en un banco y con la cabeza entre las manos comencé á llorar. No eran el objeto de mis lágrimas, ni mi madre, ni mis hermanos, ni mis parientes, ni la casa paterna; lloraba por mí mismo.

¿Qué es lo que me ocurría?

Me acordaba de mi anciano Párroco que había entrado en mi casa con la ampolla del Santo Oleo; que me había dicho al oído muchas cosas, y toda mi sangre hubiera dado por encontrarme ahora al lado de aquel sacerdote, al que, sin embargo, había despreciado. Las dos mujeres se habían arrodillado y rezaban. Los demás parecía que se habían vuelto estúpidos.

Pasó como una hora escasa.

Después, uno de los jovencillos rompió el silencio.

—Es necesario—dijo—tomar aquí alguna decisión. Es menester dar muestras de vida de alguna manera...

—¿Y cómo?—preguntó uno de los ancianos.

—Llamemos á aquella puerta. No estamos en ningún cementerio y alguno vendrá.

No se engañaba el jovencito. El viejo se acercó á la puerta negra y dió tres golpes. Oímos el ruido de una gran cadena... El momento era supremo. Si nos hubieran abierto una vena, no habría dado una gota siquiera de sangre.

Tras del umbral apareció una cara ridícula.

No preguntéis por sus líneas, ni por su fisonomía. Era un rostro terrorífico. Fijó en nosotros sus dos ojos que despedían fuego, y nos dijo:

— ¡Ah! ¿Estáis aquí? Esperad un momento y seréis servidos.  
Y desapareció.

— ¡Qué cara más fea!—exclamó uno de los jóvenes.

— ¡Feo como el diablo!

— Da miedo...

— Nos vamos á divertir en su compañía...

— Estamos perdidos...

Y todos prorrumpieron en esta exclamación:

— ¡Ojalá que aun estuviéramos en el mundo!

Pero después volvió á sonar la cadena, y de allí salió... jamás lo había creído, ó más bien nunca mientras viví, le había tenido miedo... Había negado su existencia en las tabernas y figones, en los lupanares, en las cuadrás, en el campo, en todas partes, y sin embargo, lo vi delante de mí... á él mismo... al mismo diablo.

Tenía en la mano un latiguillo.

Reía como un desesperado, se frotaba las manos de gozo y tarareaba...

Por instinto retrocedimos todos al lado opuesto de la sala donde nos encontrábamos, buscando una salida, un escape, dando grandes alaridos... Él nos dejó hacer, sabiendo que éramos sus prisioneros, y cuando nos vió agrupados en un rincón. «De ese modo—nos dijo con escarnio—os vais á lastimar y hasta perder las uñas... No os afanéis, queridos. Es un trabajo inútil. Mejor es que os acerquéis y hablemos un poco. Aquí las señoras».

Arrastráronse á sus pies aquellas dos desgraciadas. Era una lástima el verlas.

«Os conozco—replicó el diablo:—tú eres aquella escandalosilla, aquella jovencilla alegre y ligera de cascos, que trastornaste á muchos hombres; y tú la madre de aquella muchachuela casquivana y provocativa. ¡Bien, bien! Habéis escuchado mis indicaciones y obrado conforme á lo que yo deseaba; de buen grado os ofrezco alojamiento. Las tocó en la cara con su latiguillo, impregnado de fuego, y las introdujo en la estancia á que conducía la puerta negra».

«Venid vosotros, ancianos».

Y se postraron á sus pies mis tres desventurados amigos, cargados de años y llenos de arrugas.

«Entre los tres—dijo el demonio—contáis más de dos siglos, y ¿cuántas bribonadas, amigos míos, no se hacen en doscientos

años? Teníais un pie en la sepultura y aun buscabais con avidez los placeres de la carne; érais viejos y viciosos, pero viciosos y corrompidos hasta el extremo. ¡Magnífica adquisición para mi casa. Pasad, pasad, vejestorios». Y cogiéndoles por un brazo los empujó con violencia hasta la puerta negra, que los recibió de buen grado.

«Ahora os toca á vosotros, jovencitos. El más joven ha muerto estando preso por ser un ladrón astuto y audaz; pasa, pasa á mi prisión más larga y ruidosa. El de más edad, si no me equivoco, es un homicida. Tu frente está señalada con sangre humana y tienes derecho á un puesto distinguido en mi reino. Pasa adelante... ¿Quién es ese otro?... ¡Oh, qué carita tan delicada! ¡qué ojitos tan lánguidos! Sí sí, un hombre afeminado. Pasa adelante: eres comida apropiada para mis dientes. ¿Quién es el cuarto? Me parece haberle visto en una ciudad... Precisamente, un estudiante de Universidad, un positivista, un incrédulo. ¡Mira qué cosa tan maravillosa! No creía en el diablo, ni en el infierno y se encuentra de patitas en él. Ven: que aquí encontrarás en mi casa, para que te hagan compañía, algunos profesores y hasta ministros de Instrucción pública. Ahora te toca á ti, querido». Era mi turno.

Me dió la tentación de volverme contra él y rápido como una ardilla me arrojé sobre aquel monstruo para triturarlo y anonadarlo.

No luchó; pero sin desconcertarse, me sujetó bajo sus rodillas, me abrió las mandíbulas con sus dos manos de hierro y me sacó fuera de la boca un palmo de lengua, diciendo: «Sí, sí, el mismo; tú eres, el blasfemo. ¡Bravo, compañero, hermano mío! Te ruego que no repitas la suerte. Sería completamente inútil, y además ridícula. Seamos los dos pan y queso: ¿por qué meterse conmigo? El diablo es un blasfemo, el blasfemo es un diablo». Yo me moría de vergüenza. El demonio me acariciaba y me alababa.

Tomó un carbón y escribió sobre la pared estas palabrotas: *falso, asesino, ladrón, bestia, loco, perro, puerco.*

Y después añadió: «Francamente, has sido un genio. Has dado á Dios los títulos más ultrajantes, más bajos, más inicuos. Con todo el odio que yo tengo á Dios, no he llegado á tanto. He dicho que no era Dios, que Jesucristo era un hombre, aunque un grande hombre; he dicho que era hijo de una mujer cualquiera; lo he llamado cruel, tirano, enemigo de la libertad...; pero todas esas

porquerías que tú has proferido, no las he dirigido yo á Dios. ¡Bravo, jovencito! tu me has superado. Oye, querido: tus compañeros ya están allí, en el fuego del infierno; pero son simples inquilinos, simples condenados. Tú serás un *alter ego*. Yo te proclamo y te denomino *Demonio*. ¿Estás contento? Ven. Repetirás en todos los cantos de mi reino aquellos horrendos títulos á Dios, y cuando todo el infierno los haya aprendido y los cante en música, yo quedaré satisfecho y seré feliz».

Y me arrastró hacia adentro.

¡Oh reverendo padre! Haced conocer mi vida á todos los blasfemos del mundo y rogadles y pedidles que destierren ese infernal vicio, si no quieren ser, como yo, condenados por toda una eternidad.

**Un blasfemo.**

(Traducción libre de la *Strenna del párroco*. Año 1904).

---

## Liturgia.

---

(Continuación).

Muchas son las analogías que hay entre los oficios de Adviento y los de Cuaresma, y como en este tiempo, también en aquel se suprime la solemnidad en las nupcias hasta el día 6 de Enero, fecha en que primitivamente se celebraba la fiesta de Navidad bajo el nombre de Teofanía, *manifestación de Dios*, á fin de que los gozes mundanos no distraigan á los fieles de los santos pensamientos que debe inspirarles la expectación del Soberano Juez, ni muera para los amigos del Esposo la esperanza acariciada de ser, dentro de breve plazo, convidados á las bodas de la eternidad.

Pero, además, los fieles se aperciben del dolor y tristeza que embargan el corazón de la Iglesia santa por el color de los ornamentos que viste durante el tiempo. Fuera de las festividades de sus Santos no usa otro color que el morado, que es el que constituye su luto, despojando al Diácono de la dalmática y al Subdiácono de la tunicela. Este luto de la Iglesia indica con cuánta sinceridad se unió á los verdaderos Israelitas, que esperaban al Mesías cubriéndose de ceniza, mortificándose con cilicios y llo-

rando la eclipsada gloria de Sión, y el cetro caído de las manos de Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, y es la esperanza de las naciones (1). Significa también los actos de penitencia que ejecuta, para prepararse al segundo advenimiento del Salvador, advenimiento lleno de dulzura y rodeado de misterio, que tiene lugar en nuestros corazones, en proporción á los sentimientos que en nosotros inspira la ternura y misericordia de ese divino Huésped, que ha dicho: *Mis delicias son el habitar con los hijos de los hombres* (2). Expresa, por último, dicho color, el desconsuelo con que esta mística viuda, la Iglesia, aguarda al Esposo que tarda en venir.

Durante el Adviento suspende también la Iglesia, excepto en las festividades de los Santos, el hermoso canto del himno angélico: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, que no se deja oír sino en Belén sobre el pesebre del Divino Niño; aun no ha llegado la hora de que la Virgen deje su divina carga y, por lo tanto, no es tiempo de cantar, ni cierto el decir: *Gloria á Dios en lo más alto de los cielos; en la tierra, paz á los hombres de buena voluntad*.

Asimismo, á la terminación del Santo Sacrificio de la Misa, sustituye el Diácono aquellas solemnes palabras con que despide á los fieles: *Ite, Missa est*, por la exclamación ordinaria: *Benedicamus Domino, Bendigamos al Señor*, como si la Iglesia temiera interrumpir las oraciones del pueblo, que en estos días, lejos de acortarlas, debemos más bien prolongarlas.

Finalmente suprime la Iglesia en el oficio de Maitines el himno de júbilo: *Te Deum laudamus*, porque Aquel á quien esperamos, aun no ha venido, y durante esta espera únicamente debemos pedir, suplicar y esperar; reservando su canto hasta la hora solemne en que, en medio de las sombras más densas, aparezca repentinamente el Sol de Justicia, y el silencio de la noche deje oír por toda la tierra este grito de entusiasmo: *A ti, oh Señor, te alabamos, que eres nuestro Dios, á ti te confesamos por Señor, nuestro ¡Tú, oh Cristo, eres el Rey de la gloria! Tú eres el Hijo eterno del Padre, que haciéndote hombre, para librar al hombre, no repugnaste entrar en el seno de una Virgen*.

(1) Gen. XLIX, 10.

(2) Prov. VIII, 31.

En los días de feria, antes de finalizar cada una de las horas del oficio divino, las Rúbricas del Adviento prescriben se reciten preces especiales, en que el coro ha de estar de rodillas, debiendo guardar la misma actitud, en estos días, durante una parte considerable de la Misa. Bajo este aspecto los usos de Adviento son completamente idénticos á los de Cuaresma.

Hay, sin embargo, un rasgo especial, que distingue á uno y otro tiempo, y es que la Iglesia no suspende el *Alleluya* durante el Adviento, sino en los días de feria. En las Misas de los cuatro Domingos sigue cantándose al fin del Gradual, formando un raro contraste con el oscuro color de los ornamentos. En uno de estos Domingos, en el tercero, el órgano deja oír sus armónicos sonos, y el triste color morado cámbiase por el de rosa. Este recuerdo de pasadas glorias que se encuentra en el fondo mismo de las santas tristezas de la Iglesia, dice muy alto que, aun uniéndose en un mismo espíritu con los pueblos de la antigüedad, para implorar la venida del Mesías, y pagar de este modo la gran deuda contraída por la humanidad con la justicia y clemencia de Dios, no puede olvidar, sin embargo, que Jesús ha venido ya para ella, que vive en ella, y que, antes que abra la boca para pedir la salvación, el género humano está ya rescatado y marcado por la unión eterna.

(Continuará).

---

## Noticias generales.

---

Seguros estamos de que nuestros suscriptores leerán con la satisfacción propia de un corazón verdaderamente cristiano la circular que copiamos íntegra á continuación y ha sido dictada por el Sr. Gobernador civil de esta provincia, animado del deseo de extirpar la horrorosa blasfemia, que degrada y envilece á los pueblos. De todo corazón felicitamos á nuestra primera autoridad civil y la humilde cooperación de EL CATEQUISTA estará siempre á sus órdenes para el laudable fin que se propone. Adelante por ese camino y será segura la regeneración del pueblo confiado á su cuidado.

«Con lamentable frecuencia se viene produciendo el hecho de

la blasfemia, proferida, no sólo por aquellos á quienes su falta de cultura y educación pudiera explicar, aunque nunca justificar, este sacrílego desahogo de la ira ó de la impaciencia, sino que también personas que, por la educación recibida y la clase social á que pertenecen, parece que nunca pudieran cometer tan censurable falta. En muchas llega á ser un hábito, hasta el punto que lanzan la blasfemia con la misma facilidad que las interjecciones de uso común y admitido. No paran mientes los que tal hacen, en que, aparte de lo insensato que es blasfemar, infieren con ello gran ofensa á todos aquellos de sus conciudadanos que tienen arraigadas creencias y profesan una religión amparada y protegida por las leyes civiles. Así lo ha entendido nuestro Código pena al castigar en su art. 240 el escarnio público de los dogmas.

Para corregir y extirpar tan censurable costumbre, que no habla muy en favor de la cultura de un pueblo, encargo á todos los señores Alcaldes de esta provincia que castiguen con arreglo á las Ordenanzas municipales la blasfemia, si en ellas estuviere previsto el caso; y si no lo estuviere ó no existieren tales Ordenanzas, impongan multas á los blasfemos, ó den cuenta del hecho á mi Autoridad, para corregir con arreglo al art. 22 de la Ley Provincial, á los autores, imponiéndoles la correspondiente multa, y caso de no ser satisfecha, la reclusión que autoriza la citada ley.

Asimismo ordeno á todos los dependientes de mi Autoridad la inmediata detención de quien en público blasfeme.

Cuenca, 19 de Febrero de 1906.—El Gobernador, *Federico López González*».

\*\*\* El día 21 de los corrientes salió para la Corte nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, con el fin de jurar el cargo de Senador por esta provincia eclesiástica. Tenemos noticia de que continúa sin novedad, lo que celebramos, y pedimos á Dios conserve su importante salud y regrese sin novedad á su amada diócesis.

\*\*\* En el Consistorio celebrado el día 21 de los corrientes fueron preconizados por S. S. Pío X, diez y nueve Obispos franceses para ocupar las diócesis vacantes.

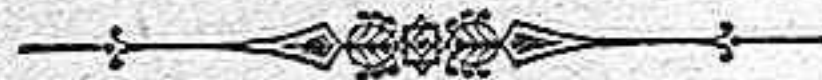
El Sumo Pontífice, queriendo dar una prueba de atención y de cariño á la nación francesa en las críticas circunstancias por que atraviesa, consagrará dentro de breves días á los nuevos Obispos en la gran Basílica de San Pedro.

\*\*\* El Santo Padre ha nombrado al Cardenal Vicente Vanutelli Protector de la Obra de los Misioneros de Emigración, y ha concedido la cruz de Caballero de la Orden de Cristo al Príncipe Felipe Lancellotti.

\*\*\* En la iglesia de las Misiones, situada en Roma, en la Plaza de Monte Citorio, ha tenido lugar una conferencia sobre Casos litúrgicos, entre el ilustrado sacerdote Canfora y Mgr. Carinci.

\*\*\* Entre las reformas que proyecta establecer Su Santidad en los Seminarios, figura la creación de cátedras de música y canto gregoriano y de enseñanza teórica y práctica de agricultura.

\*\*\* Independientemente de la Ley de garantías y de la cantidad que en ella se fijaba como asignación al Soberano Pontífice, se ha llegado á un acuerdo entre la Santa Sede y el Gobierno de Italia para el Sostenimiento de las Misiones extranjeras, y por el cual el Estado se compromete á pagar anualmente 200.000 libras al contado, y además el interés de 3 y medio por 100 de un capital de 3.000.000 de libras.



## Santoral.

Día 4, Domingo I de Cuaresma. S. Casimiro, rey y cf., S. Lucio p. y mr., y Sta. Barda, vg. y mr.—I. P.

Día 5, lunes. S. Eusebio, mártir, Gerásimo, anacoreta, y Sta. Faína, vg.

Día 6, martes. S. Victoriano, mr., S. Olegario, ob., S. Cirilo, confesor, y Sta. Coleta, vg.

Día 7, miércoles. Sto. Tomás de Aquino, cf., y dr., S. Saturnino, mr., S. Teófilo, ob., y Stas. Perpetua y Felicitas, mrs.—*Témpora*.

Día 8, jueves. S. Julián, arz. de Toledo, S. Juan de Dios, cf., y Santos Filemón y Apolonio, mrs.

Día 9, viernes. La Lanza y clavos de Nuestro Señor Jesucristo, S. Dagoberto, rey, Stas. Francisca y Catalina, vgs.—ABSTINENCIA DE CARNE.—*Témpora*.

Día 10, sábado. Ss. Melitón y comps. mrs., S. Macario, ob. y cf., y Sta. Berenice, mr.—*Témpora*.—*Ordenes*.